

# 1996: ¿el impasse electoral?

RAFAEL L. BARDAJI

Director del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES)

**E**N la teoría de las relaciones internacionales hay dos escuelas básicas para explicar el comportamiento de las naciones: quienes supeditan lo externo a la naturaleza del poder político doméstico y quienes, independientemente del tipo de gobierno, entienden la política internacional de un país como la resultante de las relaciones de fuerzas y la desigual distribución del poder entre las naciones.

Ha sido habitual en la comunidad estratégica apuntarse a la segunda escuela, ya bajo la forma del realismo, la geopolítica, la geoestrategia u otros calificativos. Aunque, todo hay que decirlo, no sin aparentes contradicciones, pues ¿quién puede dudar de que Stalin, por su propia personalidad, no imprimió un cierto carácter a la política soviética o Ronald Reagan a la americana? ¿Quién no ve las potenciales diferencias entre un Boris Yeltsin y Zyuganov o un Vladimir Zirinovsky al frente del Kremlin?

Es innegable que la naturaleza de los gobiernos, sus ideologías, sus estilos, la misma personalidad de los líderes que los componen, afectan a cómo se toman las decisiones y a las decisiones mismas. Otra cuestión es que ciertas políticas nacionales perduren más allá de una legislatura o la obra de un dirigente determinado. Como también lo es que los designios de los gobiernos lleguen a cumplirse en un universo donde todos vean por sus intereses particulares.

En este sentido -de la vinculación interno-externo, doméstico-orden internacional- el presente año, 1996, se presenta cargado de expectativas: presidenciales en los EEUU; presidenciales también en Rusia; un reemplazo de liderazgo en China; y la emergencia de un posible sistema político para los europeos occidentales a través de la reforma de Maastricht,

la moneda única y la unión europea. Dependiendo de cuáles sean los resultados de estos procesos, la forma que tomará el mundo, el sistema mundial, será una u otra, más benigna o más caótica.

## EEUU, CLINTON Y DOLE

Tras la retirada de Forbes y la venta sobre su otro contrincante para la nominación republicana, Pat Buchanan, parece claro que será el senador Bob Dole quien acabará enfrentándose al presidente Bill Clinton en las próximas elecciones a la Casa Blanca. ¿Supondrá un cambio en la posición de los EEUU que su presidente sea un republicano o que siga siendo un demócrata? Sin duda que sí.

Bill Clinton llegó a la Casa Blanca de la mano de un programa de reformas internas y, sólo en segundo lugar, con un cierto y vago interés en difundir la democracia y los valores del libre mercado en el mundo. Su internacionalismo era tributario de los grandes sueños del multilateralismo y de los gobiernos mundiales, de la paz y el autorden. Pero como decía un reciente artículo del prestigioso semanario británico *The Economist*, "no parece que (Clinton) haya tenido una clara idea del propósito de América en el mundo y los hombres que escogió hace tres años como sus dos asesores en política exterior, Warren Christopher y Anthony Lake, no han dado muestra de ofrecerle alguna".

Ciertamente, tras vacilaciones, idas y venidas, los EEUU han acabado imponiendo su paz en Bosnia, por precaria que esta sea. Pero sería ingenuo pensar que esta decisión se ha hecho esperar hasta la carrera presidencial. Clinton ha jugado con la baza moral de los americanos y asegurando una presencia de GI estadouni-

denses en Bosnia de escaso riesgo, se está garantizando el alza en una imagen interna en continua caída.

Bob Dole, por su parte, quiere acabar con la política errática de un presidente blando y confuso y reconstruir un lugar coherente para América en el mundo. Quien le conoce dice de él que se siente en un momento trascendental para los EEUU. Sin embargo, se le achacan dos males básicos: por un lado, contar con una edad demasiado avanzada en la que la adopción de nuevos conceptos e ideas sobre un mundo con otras reglas y con un panorama nuevo se vuelve difícil, si no imposible; por otro, su dependencia de un programa, el nuevo contrato, que llevó a los republicanos a la mayoría en las legislativas y del que, aunque no le guste, no puede desembarazarse de la noche a la mañana. Y ese programa tan aireado por su speaker en la Cámara de Representantes, Newt Gingrich, tiene un inconfundible sabor neoisacionista.

En cualquier caso, adopte una vía intermedia, o pierda su lucha contra el actual presidente, lo cierto es que los EEUU seguirán encarando el mismo dilema: pagar sus aventuras exteriores en caso de querer tenerlas. Hace años un analista americano escribía que "el pueblo americano quiere tener una política internacional digna de su liderazgo, pero sin pretender pagar por ella". El problema del déficit y su reducción pesará como una losa sobre cualquier presidente.

## RUSIA: ¿EL TUNEL DEL TIEMPO?

Las elecciones presidenciales en Rusia están fijadas para el 16 de junio, aunque pocos dudan de que será necesaria una segunda vuelta para que alguno de los candidatos se alze

con una victoria suficiente. Boris Yeltsin arrastra una fuerte impopularidad y el descontento de muchos funcionarios, así como la oposición de sectores enteros, desde los conservadores que sufren sus tímidas reformas, hasta los liberales que se han visto marginados en los últimos tiempos, cuando Yeltsin ha optado por mostrar su lado más duro.

De entre los aspirantes a ocupar su puesto en el Kremlin casi todos sitúan a Gennady Zyuganov, ave fénix del comunismo rusófilo, pero en la carrera presidencial también jugarán el histriónico hipernacionalista Vladimir Zhirinovskiy, el representante del orden y la fortaleza, el mariscal Alexander Lebed y en menor medida los liberales agrupados en torno a Grigory Yavlinsky.

Sea como fuere, Rusia se debate entre un tímido y pausado continuar de sus reformas o en una especie de imposible vuelta atrás. Lo primero, por lo que Occidente apuesta firmemente, tiene un complicado camino por delante: la reestructuración económica, administrativa y social, en realidad, está dando lugar a un sistema a medias entre el medievalismo precapitalista y la cibernética del siglo que viene, un sistema donde junto al aparato formal de poder se desarrollan otras formas comunales, tribales y gregarias calificadas generalmente como mafias pero de una extensión y raigambre más allá de toda lógica.

En el caso de una victoria de los comunistas, el primer impacto sería catastrófico para la economía del país, puesto que se paralizarían las nacionalizaciones, se volvería al sistema de precios subsidiados en artículos de primera necesidad, el déficit, por tanto, se dispararía y como consecuencia la inversión y la ayuda internacional se retraería. Por no decir de una reorientación de la política internacional más asertiva hacia sus vecinos próximos.

La victoria de un imprevisible Zhirinovskiy haría de Rusia un auténtico polvorín nuclear.

Sea como fuere, el caso es que independientemente de quien dirija los destinos de Moscú, Rusia irá afirmando cada vez más, a medida que se endereza su economía, una identi-

dad propia y bien distinta de los centroeuropeos y europeos occidentales. El problema será entonces hacer encajar sus designios en un orden internacional en el que todo el mundo busca la paz y su tranquilidad, sin chantajes ni violencia. De ahí que lo más urgente sea continuar con el desarme nuclear cooperativo, que desmantele los fantasmas de una Rusia descontrolada o agresiva, así como con los límites a las fuerzas convencionales y de todo tipo.

## EL VIEJO DRAGON CHINO

China se encuentra al borde del replazo biológico de sus dirigentes, particularmente de su presidente Deng. Y su reemplazo no va a resultar sencillo. Hoy por hoy, dos facciones compiten en el seno del PC chino y ambas son nacionalistas. Esto es, cabe esperar una política internacional china de mayor presencia y firmeza, como ya se está apreciando sobre Taiwan y el mar de China.

Pero el mayor reto se les presenta en el frente interno donde sus visiones del buen funcionamiento de la economía divergen seriamente. China ha experimentado un crecimiento y una modernización espectacular en los últimos años (en torno al 20% en el sector industrial), pero esto ha sido sólo posible mediante la instauración de una esquizofrenia geográfica y sectorial que ha creado, en realidad, dos Chinas; la de Guandong y la de Hunan. Una donde se concentra la política de puertas abiertas y florecen las inversiones extranjeras y las compañías de alta tecnología y la otra apegada a los hábitos rurales.

Para unos, esta disparidad económica y, en última instancia, social se resolvería mediante la cesión del actual control estatal de la economía; para los más ortodoxos, la supremacía del Partido es indiscutible y, por ende, de la planificación sobre el mercado.

En cualquier caso, como señalábamos antes, ambas facciones defienden la modernización de las fuerzas armadas chinas, cuyo presupuesto, de acuerdo con el IISS de Londres, se ha duplicado desde 1988 hasta hoy (experimentando un crecimiento el año

pasado del 15%). Queda por dilucidar si los nuevos líderes, además de la fuerza, también cuentan con aspiraciones estratégicas o regionales. Lo que si parece claro es que no digieren la presencia americana en la zona. Su problema es que ni Japón ni su vecino en el Norte, Rusia, pueden ser unos aliados fáciles, sino todo lo contrario.

## LA REFUNDACION EUROPEA

El último proceso político determinante del nuevo orden internacional es la marcha hacia la unión europea, con su inicio reciente en el tratado de Maastricht, y su actual revisión acorde con la situación económica y política de los principales actores.

A finales de marzo se abre en Turín la Conferencia Intergubernamental de la UE para estudiar las reformas institucionales indispensables para que la Unión funcione en los próximos años. Pero a estas alturas, las discusiones formales poco tienen que ver con el trasfondo de los argumentos. Así se hablará de dar una única voz a la política exterior y de seguridad de los 15, de reformar el proceso de toma de decisiones con la mente puesta en una pronta ampliación a 18 ó 21, de otorgar más poderes al Parlamento, etc. Muchos verán en las distintas opciones de los principales países, Alemania, Francia e Inglaterra, el viejo dilema entre el federalismo y la confederación, entre el gobierno único europeo o entre la colaboración entre los gobiernos y las naciones. Pero ese también es un debate caduco.

La realidad esconde la construcción de un denso entramado institucional por arriba y una activa diplomacia triangular, de equilibrios de poderes, por debajo. El debate escondido, en realidad, es saber si la Unión Europea será alemana o si existe algún método razonable para frenar el excesivo peso de alguno de sus miembros.

El problema es que mientras esta cuestión se mantenga acallada, cuestiones marginales, a veces absurdas, irán frenando la construcción europea, pero no harán más que ralentizar el acceso de Alemania como pilar fuerte de la misma ■